

UNA ASCENSION RECIENTE

AL MONTE UMINGAN EN BUSCA DE UNA MINA DE ORO.

Relato humorístico de sus penalidades y del ensaye de una gran pepita de dicho metal.

Han pasado diez y siete dias después de mi vuelta de aquella expedición: diez y siete dias casi enfermo y lleno de dolores en todos mis pobres huesos; y como no hice apuntes ni notas ningunas durante el viaje, ahora, al ponerme á escribir, encuentro un poco embrollados mis recuerdos. Si cometo algunas inexactitudes, ó suplo de mi caletre algunos pormenores poco importantes que no tenga bien presentes, yo sé que mis compañeros de viaje me los perdonarán; y en todo caso, esas inexactitudes ó adiciones mías serán accesorias, y no perjudicarán en nada la verdad histórica ni el interés que la cosa pueda tener en sí.

Un indio del mismo Umingan llamado no recuerdo como, era en 1869 ó 70 pastor de una vacada, propiedad de mi amigo el Señor Fernandez, español establecido en dicho pueblo, la cual vacada tenia sus pastos situados en las faldas del monte de aquel nombre. Un dia se apareció por allí una de estas bandas de tulisanes que tan frecuentemente cruzan por aquellas comarcas, como Pedro por su casa, y empezaron, conforme á los hábitos é instintos de los bandidos de Filipinas, por darle de tajos al pobre hombre sin qué ni para qué: él huyó, consiguiendo por la ligereza de sus piés que no le quitáran la vida, pero esto no sin haber perdido en los primeros momentos una oreja.

De la carrera que dió entonces no paró hasta la mitad del monte, y su mujer que había podido esconderse de los tulisanes, y que lo vió tomar aquella dirección, se le reunió por la tarde del mismo dia, llegando bastante á tiempo para restañarle todavía la sangre con un pedazo de su tapis. Hoy el hombre (que no sabe por supuesto su edad fijamente) representa tener unos cincuenta y cinco ó sesenta años, y la mujer algunos menos. Desde aquella fecha, ni el uno ni el otro han vuelto á bajar al llano: al principio vivian no sé como: los indios no se mueren nunca de hambre en el bosque; después viven de la caza de venados, que hasta cierta altura de la montaña parece que abunda, particularmente en tiempo de aguas, la cual

caza hacen armándoles lazos ó disparándoles flechas.

Cazadores de los pueblos inmediatos llegaron á descubrir la presencia de estas dos pobres gentes allí, y han establecido con ellas una especie de tráfico: reciben del viejo tapa de venado y pieles, y les llevan en cambio arroz, sal y algunos retazos de género. Con esto tienen lo bastante el marido y la mujer, y no piden mas á Dios.

De este pobre viejo deben haber venido originalmente todas las noticias que se tienen acerca del oro del monte Umingan.

Un rayo, un temblor de tierra, ú otra fuerza natural cualquiera que no he podido yo inquirir, hizo un dia que se derrumbára un pico de la montaña, correspondiente á una quiebra del terreno bastante profunda. La rotura ó fractura dejó á descubierto la textura interior de la roca, y aunque no se podia llegar á ella, se veían relucir en la nueva superficie innumerables puntos brillantes, que lo mismo podian ser de oro, que de cobre, azufre, ó simples cristalizaciones como he visto otras en algunas muestras de rocas de la misma montaña.

El viejo és probable que fuera quien habló y quien hizo ver la fractura del pico desgajado á los cazadores, porque ese pico está á mucha mas elevación del monte que la parte poblada de bosque á que aquellos suelen llegar; y gentes como él, sin inteligencia en estas cosas, no debieron dudar de que tenian delante una mina de oro: al menos esta debió ser su primera impresion.

Ya de aquí en adelante no se sabe lo que pasó, ni las diligencias que hicieron ellos para acercarse á la que creían mina de oro, para buscar el mineral en otros puntos ó cerciorarse de si era oro ó no: lo que si se sabe és que, después de agotar sus fuerzas en estos pasos, vinieron á Umingan, y con todos los rodeos y misterios de que saben muy bien servirse los indios en las ocasiones en que hacen alguna confidencia á un español, participaron á los Sres. Fernandez y Veloso, este tambien de dicho pueblo, la existencia de una mina de oro, reconocida, visitada y hasta empezada á explotar por ellos en el monte Umingan y en un sitio que solo ellos conocian.

Detengámonos aquí, en este hecho capital. Si ellos hubieran en efecto hallado una mina de donde pudieran sacar el oro en ojuelas, en polvo, ó en pepitas ¿és creible que hubieran venido á confiárselo á nadie, y mucho menos á personas de quienes debian temer

que se apropiarian la mina entera? Ellos no vendían su secreto ni ponían condiciones, y hasta ahora no he podido saber yo positivamente qué móvil los dirigía, aunque en verdad, y Dios me lo perdone, nunca creí que lo hicieran por puro cariño á dichos señores Fernandez y Veloso, y al contrario, siempre pensé que algun objeto escondido llevaban en ello.

Lo mas probable es que el que creían mineral de oro, és decir, los puntos brillantes que se descubrian en el mineral del pico roto que habian visitado, estaba contenido en alguna roca tan dura, que ellos no tenian medios ni sabian procedimienio ninguno para separarlo; opinion de la cual he tenido después muchos motivos para creer que era la cierta.

Los Sres. Fernandez y Veloso debieron pensar lo mismo á la vista de las muestras que los indios les presentáran, aun suponiendo que hubieran creído, como me parece que creyeron al principio, que todos aquellos puntos brillantes eran oro, de lo cual en el punto de su residencia no tenian recursos para cerciorarse.

En esta situacion les ocurrió dirigirse á mí como persona inteligente, y ofrecirme una participacion en la empresa de la mina, á cambio de mis conocimientos y de mi industria como mecánico, para construir instrumentos y volar el monte ó parte de él si fuera preciso.

Dicho Sr. Fernandez me fué poniendo delante una por una las muestras de minerales que llevaba en un saco: yo las tomaba al principio como aquel que recibe una carta sin saber leer, y que la vuelve y revuelve entre las manos poniendo las letras unas veces patas arriba y otras patas abajo; pero en mis adentros no me pesaba de ver que se me consultára en materia de mineralogía, porque, como dijo Sto. Tomás, «los hombres no hacen vanidad de lo que saben, sinó de lo que ignoran.»

Al fin, después de discurrir y de procurar traer á mi memoria todo lo que he leído sobre estas cosas, observando que en aquellos pedazos de piedra las aguas habian dejado huellas ó manchas rojas en alguno que otro punto de su cara antigua, concluí que el mineral que tenía delante era hierro, en una grande porporcion, tal vez, respecto de la roca en que se hallaba contenido, y que de eso venía el peso de las muestras.

Dicha roca era de color muy obscuro y muy dura, pero no era ni translucida en ninguna de sus partes como el cuarzo ó cier-

tos granitos, ni pude sacarle chispas con el eslabon.

Todo esto, dije al fin decididamente á Fernandez, me parece que es hierro.—¿Y esos puntos brillantes, me contestó, son hierro tambien?—Esos puntos, repuse, los cuales unas veces me parecen blancos y otras veces me parecen amarillos, no se puede saber lo que son sin moler hasta reducir á polvo alguna de estas muestras y ensayarla. Si V. las deja en mi poder yo lo haré.

El Sr. Fernandez escojió y sacó de su saco un ejemplar mas, y me lo presentó diciendome ¿y esto? Yo lo ví, y desde luego ya no era la misma roca: era evidentemente una piedra caliza la que se me presentaba; en uno de los lados se veía hierro que podia reconocerse tambien por el color del óxido rojo en una ranura contenida en la parte que debió estar expuesta antes de romperse, á la accion de la lluvia; pero sobre el hierro y al lado del hierro, en la misma piedra, había fuertemente adherida una cierta granulacion dorada muy linda.

Yo creo, dije despues de examinar este objeto largo rato, que no és oro, que esto és lo que llaman los inteligentes pirita de hierro, pirita sulfuro-ferruginosa; pero V. no se fie enteramente de mis palabras, que son dichas al aire. Si V. me confía esta muestra, yo la estudiaré tambien. En otros montes de Filipinas se ha encontrado hierro argentífero. ¿Quién sabe si esto y las otras muestras lo son?

El Sr. Fernandez metió la mano, sin contestarme, otra vez en su saco, y la retiró con la última muestra que llevaba, la cual venía envuelta en un pedazo de periódico en que se podia leer á pesar de los dobleces, como un feliz augurio, la palabra de «Porvenir» en letras gordas. Desdobló la envoltura y presentó á mi vista una magnifica pepita de oro tan gorda casi como un puño. Yo salté de mi asiento como si me hubiera picado una vívora: tomé la pepita en mi mano, la tanteé el peso, y comprendí que podia contener una libra ó mas. ¡Como me palpitaba el corazon! Tendria gusto de que hubiera habido por allí un fotógrafo que me retratára: estoy seguro de que hubiera salido en mi retrato con los ojos muy abiertos, los lábios blancos, los carrillos muy comprimidos y el pelo erizado: de todo ello hubo sin duda en mi fisonomía, al menos mientras pasaba la primera impresion.

¿Y donde se ha encontrado esto? fué lo único que me ocurrió decir al Sr. Fernan-

dez; quien á mi pregunta se sonrió, y me dijo con aire de triunfo.—*Espera un poco*: el dueño de la alhaja és quien debe decírnoslo cuando nos lleve allá.—Todavía no estábamos de acuerdo sobre las condiciones de la sociedad y yo había cometido una indiscrecion con mi pregunta.

Aquí hay otra cosa mejor, me dijo; y sacó su reló para hacerme ver una especie de anillo ó dije con que lo había adornado en el seguro: era una obra al parecer recientemente hecha á martillo sin color postizo y con alguna cinceladura muy tosca.—Esta prenda se ha hecho con una pepita compañera de esa, pero, por supuesto, ni con mucho es oro de 20 quilates.

Pues si hay todo eso, concluí yo volviendo á sentarme, recoja V. sus muestras de hierro que las quiero estudiar mas, y hablemos de todo lo demás que tenga V. que decirme.

Las pepitas de oro, como las dos que han venido, parece, me dijo el Sr. Fernandez, que no se encuentran en el monte á punta-piés, y que habrá que buscarlas quizá muy hondo, ó tal vez contentarse con procurar sacar el polvo de oro que hay en las piedras: para esto és que necesitamos su inteligencia de V. Queremos instrumentos, y que venga V. con nosotros á enseñarnos su uso, y á dirigir el modo de labrar la mina, y como se saca el metal de donde esté; que es sobre lo que nosotros no entendemos una palabra.

Pronto nos pusimos de acuerdo respecto de las condiciones de una sociedad entre Fernandez, Veloso y yo.

El único capítulo en que nos detuvimos, y ahora me causa risa el recordarlo, fué el de la reparticion de las riquezas, y arreglado esto, se fijó para la marcha el dia 9 de Diciembre, desde Umingan como punto de reunion.

De los indios dueños de la mina como primeros descubridores, maldito si nos acordamos.

II.

Llegado el 9 de Diciembre, á la hora convenida me presenté en la casa de Fernandez acompañado de mi hijo Tomás, que es un mozo muy semejante á un lingote de cobre de algo mas de 4 piés y 1½ de altura. En los bajos de la casa tenía lugar una escena de grande animacion. Unos indios de las inmediaciones, labradores honrados, colonos de Fernandez, hacian sus cargos de arroz, de tapa y otras vituallas, botellas de vino, instrumentos que yo habia mandado, mantas y ropas nuestras de abrigo, pucheros y otros varios ta-

rantines: se ajustaban á la cintura sendos tabibones ó preparaban sus lanzas, sus biquis y sus salacots. Todas estas faenas las presidía y dirigía la señora de Fernandez, que es la mujer mas valiente que hay en el mundo. Yo la pregunté por su marido, que extrañé no ver allí, y ella me dijo que estaba en su cuarto haciendo que se pusiera un parche de basilicon el Sr. Veloso, en un grano que le había salido.

Entré sin ceremonia y encontré á este sentado de medio ganchete, de muy mal humor hablando con Fernandez. ¿Qué és esto? le dije: se tiene V. que quedar en Umingan?—¿Quedarme? ni por pienso, me respondió: lo que haya allí, lo he de ver yo tambien, y lo que se haga, lo haremos entre los tres. ¡Oh poder del oro! Me había hablado con tanta decision y energía que comprendí sería capaz de ir á la mina con las tripas en la mano.

A las dos de la tarde, la caravana se pudo poner en marcha con direccion al S. E. Gracias al tiempo fresco que hacía, íbamos todos á pié, aunque al principio del viaje bien se pudiera haber ido á caballo, pero se decidió de este modo para no tener que ocuparnos después de los animales. Todos estábamos alegres: la señora de Fernandez que era la primera, dió su grito de guerra al partir, é iba después por el camino casi bailando: á Veloso no se le había desarrugado, sin embargo, el entrecejo, conociéndosele á media legua que el parche no lo hacía muy feliz.

Cerca de la oracion llegamos al rio Maniboc y nos establecimos en unos podregales, en que las gentes hicieron con cuatro ramas de árboles y algunas yerbas una cabaña para nosotros. Allí debíamos pasar la noche para emprender al dia siguiente con la primera luz la ascension del monte.

La señora de Fernandez, en un abrir y cerrar de ojos, armó su batería de cocina, y una hora después nos daba uua cena de príncipes, con lo cual, y el ejercicio de la tarde, pasamos la noche roncando. Creo que el rio Maniboc desde ese punto dista legua y media ó dos leguas del pueblo.

Segundo dia. A las 6 de la mañana, después de tomar un buen desayuno y la gente en abundancia su morisqueta y su vianda, todo el mundo se puso en movimiento, cerro arriba, en la misma direccion, pero teniendo que cambiarla á cada cuatro pasos, porque el dichoso monte Umingan, aunque no lo deja ver de distancia, forma aristas, depresiones y caprichos topográficos tales en sus

estribaciones, que hacen imposible seguir en ningun sentido la linea recta. Baste decir que el rio Maniboc, de que no nos separábamos mucho, tuvimos que atravesarlo entre este dia y el siguiente, mas de cien veces. Yo no las conté, pero hubo entre nosotros quien tuvo la paciencia de contarlas, y aseguraba que habian sido mas.

Eran las 11, y á través del bosque se dejaba oír, hacía rato, un ruido terrible de agua que caía ó que corría rápidamente. Pronto pudimos ver una magnífica catarata desprendiéndose, á nuestra izquierda, de mas de doscientos piés de altura, para hundirse en una profundidad abierta en la roca, tal vez por la accion del agua de la catarata misma.

Yo no recuerdo si fué aquel dia, ó el siguiente, que tuvimos ocasion de ver otra, aunque no tan considerable en altura, pero mas caudalosa, y después otras muchas cascadas; las vimos ó las sentimos así mismo por efecto de la pendiente del monte. Todos los rios y arroyos que encontrábamos llevaban corrientes rapidísimas, siendo preciso muchas veces evitarlas.

El bosque se hacía cada vez mas enmarañado y la marcha mas difícil, pero lo que me chocó sobre todo en esta terrible soledad, fué la falta absoluta de todo ser viviente: no se vió durante los tres dias de nuestro viaje de ida un pájaro á que tirar: ó uno de esos animales de las selvas tan comunes en las Filipinas; un ciervo, un jabalí, un mono, y menos un carabao cimarron.

A medio dia descubrimos un arroyo que traía flotando sobre sus aguas cáscaras de avellanas: y ya había oido decir yo que se producian en el Umingan pero no las había visto.

Tambien encontramos en algunos árboles viejos hermosas parasitas y una en particular que me hizo señalar el sitio con la intencion de sacarla á la vuelta: creo que bajo todos sus puntos de vista bien merecería el monte Umingan el honor de la visita de un naturalista.

Por la tarde, después de dos leguas ó dos leguas y media de marcha penosísima, ya el cansancio nos obligó á hacer alto contra nuestros propósitos, porque el terreno en que estábamos es el que se conoce con el nombre de *Paso de los ibilaos*, y en él, pocos dias antes, habian revelado su presencia, segun algunos de nuestros compañeros de viaje, las hogueras que encienden por las noches; pero en resumen, ¿que nos importaban á nosotros las ibilaos? Llevábamos cuatro escopetas de dos tiros, dos de ellas á la fou-

ché: mucho mas de lo necesario para que no se nos atravesáran por nuestro camino ni á diez leguas se distancia.

Los ibilaos le tienen, y han tenido en todos tiempos, un horror instintivo á las armas de fuego: mi amigo el Sr. Azas me ha contado que se salvó de una partida de ibilaos, apuntádoles con una flauta, y uno de nosotros, no sé quien, refirió con este motivo un chascarrillo que no dejaba de ser oportuno en aquellas circunstancias. Tiempo atrás, dijo, en este mismo sitio, un pobre guarda tuvo que fiar su salvacion á los piés tirando el fúsil con bayoneta y todo, por haber creido inútil defenderse haciendo fuego á tantos como los que le rodeaban. Los ibilaos, viéndolo huir se llegaron al arma caída, pero ninguno se atrevía á tocarla, hasta que el mas valiente inventó poner un lazo de bejuco en la punta de una caña y enlazar el fúsil por el cuello de la bayoneta armada. Cuando esto estuvo hecho, los salvajes muy alegres se cojieron al largo bejuco y estiraron de él con la intencion de llevar el fúsil á su jefe en triunfo; pero no hubieron andado mucho trecho, cuando el disparador hubo de tropezar eu algo y salió el tiro en direccion de la hilera de los ibilaos, matando é hiriendo dos ó tres.

Los demás que quedaron vivos ó sanos salieron escapados, persuadidos quizás para el resto de su vida de que en los fusiles de los cristianos hay algun encanto contra ellos.

La noche, sin embargo, no debía pasarse tan confiadamente como la anterior: convini-mos en que haríamos por grupos nuestros cuartos de vigilancia, pero yo creo que todos nos dormimos: al menos yo me dormí y nadie me llamó cuando me tocó mi turno, despertándome por la mañana á las voces que daba la señora increptándonos á todos de flojos y dormilones.

Tercer dia. Salimos como el precedente, aunque no temprano y todavía arrecidos del frio de la noche, que habia sido tremendo, obligando á los pobres indios, que con su acostumbrada imprevision apenas llevaban abrigo, á acurrucarse los unos contra los otros para darse calor.

A poco de andar empezamos á encontrar los consabidos arroyos ó torrentes y en sus inmediaciones tambien vides silvestres: á medida que subíamos el arbolado era menos frondoso, y dejaba de extender sus ramas en forma de parasol, como sucede en los llanos del país: aquí la vejetacion alta se asemeja mucho mas á la de los climas templados.

Los guías pescaron este día en los arroyos algunas anguilas muy gordas y delicadas: eran unos animales feroces que embestían y mordían como perros: las cojian con un palo con punta como un arponcillo, que les metían en la boca al acometer.

Continuando nuestra ascension, el terreno se hacia cada vez mas abrupto y pendiente, teniendo las mas veces que atravesarlo por planos inclinados, á mi parecer, de 35 grados y mas. En algunos espacios faltaban ya los árboles, haciendo lugar al cogon, el rey de las praderas, que allí era raquítrico y miserable pasando apenas de media vara de alto. A lo mejor veíamos la cúspide del monte, pero cuando llegábamos arriba, nos encontrábamos con que teníamos por delante otra cúspide que escalar, y luego otra y otras, que á mi parecer no tenían fin.

La gente empezaba á fastidiarse, y la misma señara de Fernandez ya no cantaba, ni se subía en las piedras ó en los sitios altos para llamar á los que se rezagaban.

El cogon tambien empezó ó faltó en algunos puntos en que el monte no tenía ya tierra vegetal y dejaba á descubierto la roca dura. Era curioso ver en estos espacios estériles los ojos de todos los individuos de la carabana, creyendo el que mas y el que menos, que bien podía tropezar por allí con alguna pepita de oro del tamaño de una calabera. Yo mismo participaba de la aprension é iba como un verdadero revendedor de yesca, acordándome á cada rato de aquel carretero de S. Francisco que, yendo á las minas á vender vituallas, se encontró la pepita de oro mas grande que hay en el mundo, la cual se ostenta, con orgullo verdaderamente americano, en el museo de Nueva-York.

Apesar de todo, la fatiga nos obligó á detenernos á la una ó las dos. Nos echamos por aquellos suelos como Dios nos dió á entender, y la única persona que quedó en pié fué la señora, y mal traídos los dos criados, se ocuparon inmediatamente de guisar las anguilas y la morisqueta.

A boca de noche se aparecieron por allí el viejo de la montaña y su vieja compañera, que fueron acogidos con un viva por todos los circunstantes. Yo mismo tuve al verlos, y al saber quienes eran, tal satisfaccion, que de buena gana los hubiera abrazado y besado, apesar de sus andrajos y de la miserable figura del uno y de la otra. Ya que no estaba bien que les diera besos, le tendí la mano al viejo, pero él no en-

tendió lo que aquello significaba, y yo, para expresarle mejor mi simpatía, me la llevé al bolsillo y la saqué llena de tabacos. Oh! entonces entendió perfectamente y no me negó la suya, ni su muger tampoco, aunque yo no se la pedía.—¿Qué cosa, le dijo al viejo, Fernandez en lengua de llocos: ¿verdad que hay aquí una mina de oro? Sí, dijo él abriendo los brazos como para expresar la medida.—¿Y está muy lejos?—No, *un rato de hora*.

Cuando los indios dicen *un rato de hora* podemos estar seguros de que hay que andar las mas veces tres ó cuatro leguas, pero por el momento la respuesta del viejo era una esperanza y nadie se quiso hacer cargo de quien hablaba.

Cuarto día. Oscuro todavía se nos llamaba ya para el desayuno, y en verdad que todos estábamos dispuestos y listos, esto és, los españoles, con el viejo y la vieja, y los dos muchachos de Fernandez y de Veloso. Entre todos lo demás de la expedicion se habia declarado durante la oscuridad la indisciplina. Por allí andaban algunas lanzas y los sacos de nuestras ropas, pero los de las provisiones, los picos, la azadas y la gente habían desaparecido.

Fué preciso recojerlo todo y llevarlo nosotros, emprendiendo lo que quedaba de marcha sin saber si nuestros compañeros de viaje habían tomado hácia delante ó hácia atrás.

En el espacio de monte que recorriamos este día habia ya concluido del todo la vegetacion y marchábamos sobre piedra pelada y no estratificada: un fragmento que pudo hacer saltar mi hijo Tomás por allí en que no habia hierro, ó habia poco, me pareció de Hornablenda; pero es muy posible que me equivoque en esa calificacion. A medida que avanzábamos, la piedra se hacia mas dura y mas oscura, y progresivamente mas cargada de hierro, como las muestras que habia ya visto yo en Manaoag.

Por todas partes se oía en este punto ruido de cascadas ó de torrentes que se despeñaban por grietas ó profundidades á nuestro alrededor; el cual ruido á veces hacia difícil oírnos los unos á los otros.

Me parecía además percibir que venía de suelo que pisábamos un frio que se hacia cada vez mas intenso, y como he oido decir que en las minas de Camanchén, que no están ni con mucho tan elevadas, se verifica el mismo fenómeno, no vacilé en atribuirlo á la enorme masa de hierro sobre que marchábamos. Estábamos, á mi parecer, lo menos

mil quinientos metros sobre el nivel del mar, y esto tambien podía contribuir.

Llegamos á un punto que no era todavía la última cúspide del Umingan, pues mas allá se veía otra mas elevada, y en él, el viejo pastor nos detuvo para decirnos que la mina de oro estaba allí, y señaló otro punto á nuestra izquierda, que era muy escarpado, hasta no poderlo subir con zapatos. Nos descalzamos pués, y con una fé y una intrepidez dignas verdaderamente de éxito, seguimos al viejo en la última ascension, aquí cayendo y allá resbalando. La Señora la primera, después del viejo, y yo el penúltimo, porque mi hijo Tomás se empeñó en ir después para servirme de apoyo si lo necesitaba. Al llegar á lo alto había plano para tenernos en pié y el espectáculo que se presentaba á la vista de todos era magnífico.

Una zanja ó grieta del terreno cortada perpendicularmente, en el fondo de la cual corría con ímpetu un curso de agua bastante considerable, nos separaba como 15 metros del pico del monte que había sido desgajado. La fractura podía tener 8 ó 10 metros de ancho, y aun mas en la base, y como la piedra caliza en que se había verificado era blanca ó poco menos, y las vetas de hierro que la surcaban, negras desde la distancia en que estábamos, los granos de oro, azufre ó lo que fuera, adheridos á lo uno y á lo otro, brillaban con un resplandor soberbio por la luz.

Después de un rato de emocion, que innegablemente sentimos todos, el Sr. Fernandez se volvió á mí y me dijo:—¿Y bien, que dice usted ahora?—Yo le contesté con todo el aplomo de un verdadero mineralogista.—«Pirita»—Vaya usted al diablo con su pirita me contestó: yo sabré lo que eso és; y volviéndose y dirigiéndose á los demás añadió: Voy á rodear el pico y á buscar un quintal de esa *Pirita* ¿quien quiere acompañarme?—No hay necesidad de que vaya usted: iré yo, dijo Tomás, si me acompañan los muchachos para llevarme el saco de herramientas y ayudarme en lo que necesite.—La proposicion fué aceptada, y consiguientemente bejamos todos del sitio en que estábamos, como pudimos; los exploradores para emprender su marcha sin detenerse, los demás como poltrones para tenderse á la larga, fumar y tomar una copa de Jerez, de dos botellas que se salvaron por venir en el saco de uno de los dos criados.

Las prófugos, desde el punto en que nos colocamos, se dejaban ver por todas partes á distancia; bajando, subiendo, registrando

los agujeros ó trabajando en hacer escavaciones desatentadas con nuestros zapapicos y nuestras azadas, sin constancia ni subsistencia en lo que hacían: trepaban á las eminencias que habían registrado ya ó bajaban á los torrentes que tambien habían visto, para volver á subir ó bajar, con un ardor febril, ni mas ni menos que como si todos ellos hubieran perdido el juicio.

Ya habían visitado la mina del viejo; ya habían tratado en vano de escalarla, y ahora corrían detrás de las pepitas de oro que esperaban encontrar cuando menos se lo pensáran. Muchas veces los ví enredarse en disputas, por algun objeto que creían precioso.

Nuestros expedicionarios del pico volvieron después de cerca de una hora, sin haber podido tampoco escalarlo, pero trayendo, como había prometido Fernandez, una gran cantidad de muestras que había conseguido sacar Tomás con sus herramientas y sin mucho esfuerzo.

Tambien trajo llenos los bolsillos de Talienguenes, que había encontrado y reconocido en la márgen de un arroyo; esos curiosos helechos pequeñitos que los igorotes, y algunos que no lo son, consideran como talismanes para atraer las voluntades. Tomás me los mostraba en su mano con una sonrisita maliciosa, que yo traducía como si quisiera decirme con ella: los he cojido, papá, por si los llegas á necesitar alguna vez, pues veo que té estas poniendo viejo y que te se está cayendo el pelo. Pero no me dí por entendido.

Poco después de llegar y de repartírseles á Tomás y sus compañeros sus correspondientes copas de vino de jerez, á peticion de Fernandez, se puso aquel á sacar á cincél los granos dorados de una de las muestras. En el acto, y como si se les hubiese llamado á campana herida, los buscadores de pepitas abandonaron sus pesquisas y cayeron sobre nosotros en bandada, viendo aquellos ejemplares que ellos no habían acertado á obtener, y aquella abundancia de oro, con ojos desencajados y fisonomías que no les había observado yo antes. Rodeaban á Tomás; habían de ver cada uno de sus golpes, cada movimiento de su mano, casi sin dejarlo trabajar, colocándose para ello delante de nosotros mismos con una falta de consideracion y con una desvergüenza que pronto empezó á impacientarme.

Cuando Tomás consiguió tener reunidos tantos granos dorados como los que le caban en la palma de la mano, le vino la idea

de fundirlos: sacó uno de los pequeños crisoles que había hecho yo llevar, y á falta de leña, se rompieron dos cajones de tabaco que había ido con pan y fiambres que nos habíamos comido ya, y con un queso de bola de que no quedaba mas que el cascarrón. Encendido no sin dificultad por el viento, vino el caso de poner los polvos en el crisol y empezar la operacion; pero allí fué que llegó al colmo la curiosidad de los indios: tenían rodeado otra vez al pobre Tomás, de modo de no dejarlo revolverse ni casi respirar, y como le ocurriera desdichadamente dar algunos codazos á derecha é izquierda para desembarazarse, se suscitaron tales apretones y oscilaciones en aquel grupo de desesperados, que el crisol y los polvos de oro salieron rodando. Los indios se echaron inmediatamente sobre todas estas riquezas perdidas, á empujones y arrebatijas imposibles de describir, sin sentir, ni apercibirse siquiera, de los puntillones que el irritado mozo les repartía sin piedad.

Nosotros nos separamos de allí, unos riendo y otros votando. Los que votábamos éramos Tomás y yo, que ya se nos acababa la paciencia. Es preciso pensar en retirarnos, dije al fin á Fernandez: aquí no hay nada que hacer, ni con esa gente se puede hacer cosa ninguna.

Los franceses tienen fama de un poco instables en sus empresas, y puede ser que haya algo de eso en mi carácter; pero por esta vez creo que puede escusármeme. El fiasco que nos llevábamos era tan completo, que bien podía desesperar, no digo ya á un francés, sino á un alemán, aunque fuera filósofo.

Fernandez se dirigió al viejo y le preguntó ¿podrías tu enseñar otro camino mas corto que el que hemos traído? Si, respondió; hay uno por el cual, saliendo por la mañana, se puede llegar á Umingan por la tarde, pero es un poco malo. No importa, dije yo; llévanos tu por ese camino aunque sea preciso pasar por sobre los cuernos del diablo.

La señora de Fernandez que oía estas cosas, y á quien tampoco le faltaban ya ganas de volver á su casa, se dirigió á los recojedores del polvo de oro, y les mandó que fueran á buscar y traer los sacos que se habían dejado sabe Dios donde. La gente estaba tan mal dispuesta, que apesar de oírla bien no la contestaban y se iban sentando en el suelo cada uno por su lado: fué necesario que Fernandez les echase un largo sermón y decirles que, si no iban por ellos, allí no había ni arroz ni leña, y tendrían que pasarse el día sin comer y

la noche sin cenar. Después de cerdear mucho rato, se decidieron, y yo me admiré cuando los ví volver.

Mientras los indios iban por los sacos, Tomás y yo nos alejamos por la parte opuesta para sacar á la casualidad algunos buenos ejemplares del mineral del monte, con objeto de poderlos ensayar después en casa y determinar al menos la calidad del hierro y la proporcion en que la roca lo contenía.

Los indios, mientras nosotros nos ocupábamos de esto, volvieron con sus sacos, y al oír los golpes que dábamos Tomás y yo, los tiraron al llegar al sitio de nuestro vivac, en el entender de que estábamos abriendo ya la boca de la mina, y acudieron desalados para recomenzar las escenas de una hora antes. Otra vez nos rodeaban, nos asediaban, no nos podíamos dirijir á un punto, ni llevar la mano á ninguna parte, sin tenerlos detras, casi encima; si examinaba yo algun fragmento de piedra que se recojía, era de ver como venian todos á examinarlo tambien, queriendo devorarlo con la vista. En uno de los golpes de Tomás saltaron varios pedazos que contenian un mineral mas abundante en puntos lucientes que los anteriores, y los indios se echaron sobre ellos y se los quitaron sin dejarle uno. El muchacho estuvo á punto de empezar á trompadas con ellos, pero los otros se pusieron muy serios y en actitud de no dejarse cojer la barba: basta ya, dije yo, vámonos; y al mismo tiempo tomé en una mano el saco de Tomás, que pesaba á este punto cerca de una arroba, y empuñando en la otra mi zapapico, nos pusimos en marcha. La gente se quedó amostazada y mal contenta, mirándose á la cara los unos á los otros y hablándose en su idioma. Por fortuna, en el monte Umingan no había oro, que si lo hubiera habido, yo no sé, lo que hubiera pasado allí. ¡Cuanto me acordé entonces de las terribles descripciones de California, que había leído en los tiempos de los primeros descubrimientos auríferos!

Cuando acabó nuestra comida, era ya la noche, y los semblantes de los colonos de Fernandez habían vuelto á su acostumbrada impasibilidad. La carga de vuelta se repartió por Tomás entre todos los sacos, y gracias á que la noche era bastante oscura, nadie supo á derechas ni se cuidó de la parte que le tocaba conducir. Media hora después todo el mundo daba trance á las emociones y peripecias de aquellas últimas doce horas, en medio de un frío terrible que nos obligó á dejar arder el fuego lo que dió de sí y

acostarnos à su alrededor. Yo no conseguí, sin embargo, dormirme tan pronto, y creo que pasé lo menos una hora ó dos en oírlos roncar à todos à concierto con las cascadas y los torrentes del monte.

III.

Nuestra vuelta carece de interés, como no sea para describir el infernal camino por donde el viejo nos llevó, si és que ese nombre se puede ni remotamente dár à una sucesion de derrumbaderos que teníamos que atravesar à veces como los monos atraviesan los rios, agarrandonos los rabos los unos à los otros. Una hora entera, à lo que creo, tuvimos que andar dentro del lecho de un rio, y varias veces dejarnos de ceremonias y echarnos simplemente à rodar por los riscos. Yo no quiero volver à acordarme de estas cosas.

Al llegar à Umingan derrotados, contusos, llenos de desgarrones nuestros vestidos, sin sombreros los mas, y todos cojeando, como los compañeros de Almagro en América cuando fueron à descubrir por tierra el mar Pacífico, eran las nueve de la noche.—Los indios se habían rezagado y tardaron algo. A medida que llegaban entregaban cumplidamente sus sacos con algunos restos de arroz, nuestras mantas y nuestros lios de ropa; pero en cuanto à los cinceles, à los crisoles y hasta los desdichados taliguenguenes, todo ó casi todo había desaparecido, sin que se les pudiera sacar qué se hizo, de esos efectos, ni exigirles responsabilidad. Era sin duda la parte que les había tocado en los riesgos y fatigas de la expedicion à los honradísimos labradores colonos de Fernandez: los que, con las enseñanzas pocas ó muchas que habían adquirido de mi hijo Tomás, se propusieron sacar cuando dieron noticia de la mina y nos decidieron à ir à explosarla. No és la primera vez que los hombres de la civilizacion han sido derrotados por las astucias de los salvages.

Algunos dias después de estar ya en mi casa recibí carta de Fernandez invitándome à que fuera à ver reconocer el oro de la gran pepita, que el dueño estaba ya dispuesto à darle por 100 pesos. Fuí y presencié el tal ensayo. El platero que lo hizo, al tener la pepita en la mano, dijo sencillamente esta palabra *Balitoc* (*Oro*): despues, sacando su piedra de toque, la ensayó frotándola fuertemente al lado de otras señales que llevaba ya preparadas, sin duda para la comparacion: miró detenidamente aquella marca, y añadió à lo dicho: *Labin amen: (diez y seis quilates)*

—¿No trae V. agua fuerte? le pregunté yo.—Sacó un frasquito y un pincel de su bolsillo y lavó las marcas que había en su piedra de toque. Las antiguas quedaron intactas: la nueva desapareció en el acto como el humo. Todos los que estaban presentes palidieron.

El indio dueño de la pepita, estrechado entonces por nosotros para que confesara de donde la habia sacado, dijo que de ninguna parte: que quien la encontró en el monte, era otro que no había querido enseñarle el sitio, y que él se la compró por un peso y un carabao que era de su abuela, que se lo vendió à su tia. Aquí entraba un larga historia del animal, que yo no quise oír. ¿Quien és capaz de sacar nada en limpio de una aberiguacion de esta especie?

El platero no se contentó con lo que había hecho: hizo sacar con una hacha y un bolo, no sin dificultad, un podazo de la célebre pepita, y con un soplete que llevaba, lo fundió à la luz de una gruesa mecha de tinsin: mientras estuvo el metal incandescente, conservó todo su brillo; pero al enfriarse, lo perdió y quedó reducido à lo que verdaderamente era: una barrita de cobre amarillo.

Aun así, una mina de cobre, aunque sea amarillo, es un objeto de consideracion. ¿Hay en el monte Umingan una mina de esta clase de metal? Yo por mi parte renuncio à la idea de llegar à saberlo positivamente nunca: me parece que con mi ascension à dicho monte he hecho ya todo lo que puedo dar de mi para la ciencia y la posteridad.

Manaoag 23 de Diciembre de 1876.—D. R.

LAS OBRAS-PIAS.

Origen, carácter y vicisitudes de estas fundaciones, su estado actual y cláusulas muy curiosas de algunas de ellas.

Nada, en las poblaciones de Europa, donde tanto abundan las fundaciones benéficas y religiosas antiguas y modernas, tiene semejanza con la importantísima institucion filipina titulada *Las Obras Pias*. Nació esta como en todas partes, y segun hemos visto en las primitivas actas de algunas de ellas, por pequeños donativos, ó suscripciones como ahora les llamamos, para objetos caritativos y para el culto católico, que la fé ardiente de nuestros antepasados hacía mas frecuentes.

En actas de la Hermandad de la Misericordia, en las cuales se encuentra la firma

de Dasmariñas y otros ilustres varones que consolidaban la obra de Legaspi á fines del siglo XVI, se advierte el modesto, y piadoso origen de esa que ha sido siempre la Obra-Pia que mas valores manejaba. Hacíase cuestion entre los hermanos, y en cada sesion se acordaban socorros á vecinos en necesidad de él ó á familias menos acomodadas para subvenir á los gastos del matrimonio de un individuo, del funeral de otro etc. etc. ¡Qué hermosa y cristiana direccion á los sentimientos de caridad robustecidos por la asociacion! Entonces se invertía lo que se recaudaba, y es de advertir que en aquel tiempo eran militares todos ó casi todos los hermanos de la Misericordia; si bien no debemos olvidar que en el siglo XVI lo era todo español avecindado en nuevas poblaciones coloniales; estando tan íntimamente infiltrada en aquella generacion esa manera de constituir una sociedad civil, y tan arraigadas las ideas sobre la necesidad de esta como base de toda mira ulterior de poderio y fomento, que ningun adelantado dejaba de formar ayuntamiento con sus subordinados, á quienes, en corporacion, se sometía, tan pronto concebía la idea ó realizada el proyecto ó cumplía el encargo de crear una nueva poblacion. Llamábanse vecinos aquellos héroes con cierto orgullo, mas bien que soldados, sin dejar por eso este carácter y sin abandonar los deberes, llevados frecuentemente hasta una abnegacion que en nuestra época mas bien admiramos que imitamos.

Pasados los primeros años de pobreza verdaderamente heroica y santa de los primeros soldados vecinos de Manila, para quienes Felipe II asignó una cantidad «á fin de que pagasen sus deudas» y estimulado por los encomenderos en las provincias y por el tráfico en la Capital el aumento de la riqueza pública, principiaron á ser mas importantes los donativos para las Obras-Pias, cuyos caudales fueron engrosando los legados de los que morían sin herederos forzosos; y habiendo excedentes de fondos, después de cubiertas las atenciones ordinarias, á principios del siglo XVII principiaron á verificarse préstamos á módico interés para no tenerlos improductivos. Estos préstamos se fueron regularizando, tomando carácter comercial porque se hacían á negociantes, y con admirable prevision, comprendían todos los riesgos en el aumento del interés, por no conocerse entonces el seguro marítimo.

De esta manera se fueron convirtiendo las Obras-Pias en verdaderos Bancos comerciales,

sin abandonar los objetos benéficos y religiosos de fundacion, á los cuales destinaban las ganancias.

Sus vicisitudes han sido innumerables, porque sobre ellas venían siempre, en primer término, las consecuencias de los naufragios y de los apresamientos de naos por ingleses y holandeses durante las prolongadas guerras marítimas del siglo XVII; y en 1762, cuando cayó Manila en poder de los ingleses, esas fundaciones fueron despojadas de todas sus existencias en caja. Ofrecían tambien frecuentemente donativos unas veces y préstamos obras para las necesidades del Estado: eran la reserva de la riqueza filipina y llenaron perfectamente su mision dentro de aquel régimen económico.

Aun después de tantos quebrantos, Comyn calculaba en tres millones de pesos en 1809 los capitales de las Obras-Pias, muy mercados posteriormente á causa de la falta de empleo y considerables pérdidas que trajo, con ruina de todo el comercio de Manila, la revolucion de Méjico.

A principios de este siglo las Obras-Pias hacían tres partes de sus caudales, y las destinaban: una á reserva en caja; otra á préstamos con riesgo marítimo sobre expediciones á China, Madrás, Calcuta y Batavia al premio de 12 á 22 por ciento, y la tercera, que solía ser la mayor, á préstamos para expediciones á Acapulco y Callao, tambien con riesgo marítimo, y á varios premios, desde el 27 al 45 por 100. Así es que, en tiempos de paz, eran para ellas los beneficios del comercio, y aumentaban apresuradamente sus capitales.

En la «Gaceta» del dia 4 del corriente se ha publicado el balance en 31 de Diciembre de 1876, de las cuatro principales Obras-Pias centralizadas, ó cuya administracion corre á cargo de una Junta creada en 1855, de Real orden, para este objeto, y aparecen con los siguientes capitales.

La Misericordia, 644,145'07 pesos, teniendo en 1809, segun Comyn, 811,154.

La V. O. T. de San Francisco, 450,155'96 pesos, y en 1809 con 501,078.

La V. O. T. de Sto. Domingo, con 234,154'42 pesos, y en 1809 con 205,062.

Y la Archicofradía de J. N. de Recoletos, con 26,003'21 pesos, y en 1809 con 30,079.

Hay, además, otras Obras-Pias no centralizadas y que siguen administrándose por los patronos de fundacion, que suelen ser corporaciones religiosas.

Se ha tronado mucho y asaz irreflexiva-

mente, de 1840 á 1852, contra la supuesta dilapidacion por el comercio de Manila de esos caudales, que él había engrosado con generosas donaciones y con crecidos réditos en sus negocios de los cuales tanta parte se ha salvado del naufragio general en que aquel desapareció casi por completo.

Hoy están colocados esos capitales en préstamos hipotecarios y en acciones del Banco, y sus productos se distribuyen según cláusulas de fundacion, excepto los de la mas importante, la Misericordia, (que, hablando con exactitud, no era una Obra Pia, sino una Hermandad administradora de varias fundaciones) cuyos productos están, hace ocho años, pendientes de un minucioso trabajo de rectificacion de las bases del antiguo reparto, que á consecuencia de quejas, mandó reformar la Autoridad superior en 1869. El empleo de esos beneficios es el sosten de algunas capellanías, sufragios por las almas de los fundadores, sostenimiento del colegio de Sta. Isabel, limosnas al Hospital, limosnas á pobres vergonzantes y dotes á doncellas; de lo cual se deduce cuanto es el interés de Manila en la buena administracion de esas fundaciones y periódica distribucion de sus beneficios.

Hecha esta ligera reseña histórica que para muchos de los lectores no era necesaria, vamos á dar una idea mas concreta de los sentimientos y de las miras de los fundadores de las Obras-Pias, y de la sociedad y opiniones reinantes en su tiempo, insertando extractos de algunas fundaciones hechas por hombres conocidos.

Es una de ellas debida al generoso é ilustre vecino de Manila D. Francisco Carriedo, el mismo que dejó otra (que hoy administra el Ayuntamiento) para la traida de aguas.

Entregó en 1748 la suma de 8000 pesos á la Hermandad de la Misericordia con minuciosas instrucciones para su mas útil y segura colocacion por partes en varios riesgos marítimos, hasta que, acumulados los beneficios, se completasen 36,000 pesos. Los réditos de estos deberían invertirse en lo siguiente:

480 pesos para el cajoncillo del Tesoro, por el trabajo de administracion; y como *cajoncillo* era un fondo del cual aquella Hermandad sacaba limosnas para pobres, sosten del Colegio y Capilla de Santa Isabel y otras asignaciones piadosas ó de beneficencia, resultaba que el buen Carriedo, y otros como él, interesaban á la religion y á la caridad, á su manera, en la prosperidad del negocio que establecían para otros fines tambien santos.

3,650 pesos anuales para el sostenimiento de cuarenta camas en el hospital de San Juan de Dios; dándose el sobrante en ropas á los pobres que saliesen curados.

Y como debía suponer mayores beneficios que ese gasto, si no había contrariedad imprevista en los negocios de Acapulco, mandaba que el exceso se destinase al ensanche del Hospital.

Otra Obra-Pia fundó el mismo Carriedo de igual suma cuyos productos tenían que repartirse, por mitad, entre el Colegio de Santa Isabel y el Hospicio de S. Jacinto de Méjico.

Carriedo era mejicano, había sido comandante de la Nao de Acapulco (se llamaban entonces generales) y había realizado así una modesta fortuna que distribuyó, á su muerte, de una manera que demuestra el mas hermoso corazon.

Agua potable para los pobres; asistencia esmerada y ropas para los enfermos; auxilios á los pobres de Méjico (de donde era natural); educacion y recojimiento para huérfanas desvalidas: esas eran las aspiraciones de tan excelente vecino de Manila. Su fidei-comisario en la Obra-Pia de aguas, aparece el Marqués de Montecastro, de quien hay tambien fundaciones que extractamos á continuacion porque en ellas apunta algo de miras terrenales al lado de las piadosas, y una seguridad tal sobre los negocios aquellos y la administracion de la Hermandad, que nos presentan aquella generacion como la mas tranquila de nuestra historia.

Este Marqués de Montecastro y Llanahermosa nos dá una muestra de como en su tiempo, y al tratarse de estas cosas, no era todo «el negocio del alma» para algunos individuos, sino que sabian no perder de vista «el alma del negocio.» Nada mas minucioso y previsor que las 35 cláusulas de su fundacion, que llama piadosa, de 1739, sobre la manera de ir empleando los 5000 pesos que entregó, en préstamos y riesgos marítimos sobre China, Acapulco, Java etc. etc. hasta que las utilidades acumuladas y el capital sumasen 48000 pesos, y entonces, separada la cuarta parte de los productos para la obra-pia de la Misericordia, sería destinado el resto para dos vínculos, de 1000 pesos anuales de renta cada uno, que fundaba á favor de un hermano y un nieto que tenia en Sevilla, y para los descendientes de ellos «perpetuamente, por línea recta de varon, según las condiciones de los mayorazgos regulares de Castilla» dice el buen marqués con un aplomo y una seguridad

admirables sobre la manera eterna de ser del comercio de Manila en su tiempo. Estableció también que lo que sobrara se añadiese á uno de dichos mayorazgos, si bien con la carga de nombrar y pensionar un maestro de escuela con 50 ducados al año (¡27 1/2 pesos!) «para la educacion de los niños de dicho lugar.»

Como se vé, el procedimiento no podia ser mas cómodo para echarse uno de encima toda ansiedad respecto á la subsistencia y porvenir de sus descendientes: por el método del noble marqués era cuestion de tiempo el dejar una renta de cuanto se quisiera y mediante un liviano desembolso de presente. La famosa «Tutelar» no ofrecía tanto.

Lo que no se comprende es como no le contestaron en su día á aquel generoso protector de la instruccion primaria, que no era obra-pia fundar un vínculo; pero algo había que hacer, sin duda, para complacer á tan distinguido vecino de Manila. Por fortuna y para honra de aquellos tiempos no conocemos otra fundacion semejante.

Era de rigor en todas ellas que el fundador señalase el giro ó negocio en que su dinero se había de emplear y la rigurosa distribucion de los beneficios. La contabilidad era, necesariamente, complicadísima y engorrosa para la Hermandad de la Misericordia, y es de suponer la llevaba á gusto de todos, porque sin esta condicion era inconcebible que conservase su crédito para el manejo de tantos caudales como la confiaban los vecinos de Manila, y de la complicada manera que estos ideaban. Véase cuantas cosas quiso, en su fundacion de 1731, que se hicieran con 1600 pesos de capital, el sargento mayor D. José Beltran de Salazar.

Convertidos los 1.600 en 12000, de las ganancias se habían de dar todos los años:

30 pesos á igual número de sacerdotes (había, sin duda, mas que ahora) que asistiesen á vísperas en la fiesta del Sto. Cristo del Tesoro.

20— para otras atenciones de la misma.

25— para el sermón.

30— para la cera.

20— para colegialas y pupilas en dicho día.

10— para los músicos.

25— para refresco, luminarias y *tronadores*.

365— para limosnas á viudas y doncellas pobres.

500— para desayuno diario de chocolate á las colegialas y pupilas de Sta. Isabel.

600— para «buyo y tabaco á las referidas colegialas y pupilas.»

60— para doce misas cantadas en dias que señalaba.

420— para que se remitan á la cofradia de N.^a Sra. de la Blanca en la ciudad de Vitoria.

135— para fondo de reserva.

Parece imposible estirar mas las esperanzas sobre 1600 pesos, que lo hizo el buen jefe alavés citado; y aquí viene como de molde una observacion, traida por la bondadosa prevision del sargento mayor Beltran, hácia algunas costumbres de la tierra, como el betel y el cigarro. Díjonos en cierta ocasion un anciano, que habia llegado á convencerse, por multitud de ejemplos, de que ningun europeo se asimilaba tan íntima y sinceramente á los filipinos, al cabo de algun tiempo, como los vascongados y los gallegos, á condicion de que los primeros se encuentren solos, porque si andan cerca unos de otros, entonces hacen rancho aparte.

En general, y de una manera que inspira el mayor respeto, los fundadores destinaban los productos á sufragios, á limosnas, á los hospitales, á dotes para doncellas pobres, á establecimientos de instruccion pública y al culto religioso; siendo notable, verdaderamente, el número de dotes que se podrian distribuir todos los años en Manila, cumpliendo cláusulas de dichas fundaciones, si ellas pudieran todas sostenerse y desarrollarse segun fueron ideadas en los siglos XVII y XVIII, especialmente en el último, que fué en su primera mitad, el de mayor prosperidad de la institucion.

Sin embargo de la decadencia comparativa, tal vez no bajen hoy de 250,000 pesos los que tiene pendientes de distribucion la Hermandad de la Misericordia; de cuya suma pertenece muy cerca de la mitad á obras puramente de beneficencia y el resto á diversos destinos del culto, capellanías etc. etc. Constantos que la junta que en ello entiende trabaja por enmendar errores de distribuciones pasadas, que en materia tan delicada no se pueden repetir á sabiendas, para que llegue cuanto antes el día de extraer del Banco y repartir tan considerable caudal, que puede servir á aliviar el peso de algunas necesidades y á enjugar algunas lágrimas en esta poblacion.

Marzo de 1877.

JOSÉ FELIPE DEL PAN.

LOS ECONOMISTAS EN FILIPINAS
Y TRABAJOS TRASCENDENTALES DE LOS MISMOS
DESDE 1779 HASTA 1860.

(Continuacion.)

D. Tuburcio de Gorostiza.

Este jefe de Hacienda presentó en Madrid al gobierno una memoria en 1824, sobre medios necesarios para el fomento y bienestar de las Filipinas, cuyas conclusiones (recientemente aplicadas algunas) eran las siguientes:

1.^a Acompaña un estado de la poblacion de dichas Islas, sus provincias y pueblos demuestrando la cantidad á que asciende el tributo que satisfacen á la Real Hacienda.

2.^a Así mismo acompaña otro para que se tengan presentes las noticias estadísticas de las producciones de todas las provincias de las citadas Islas, que con la mayor especificacion y exactitud se han podido adquirir; á fin de que el gobierno tome con el mejor acierto las disposiciones que crea convenientes para el fomento de las relaciones mercantiles.

3.^a Que se establezca en la capital de las islas Filipinas una Casa de moneda para poder acuñar el valor de 600 mil y mas psf. en oro, que se extraen anualmente para China sin adeudar derechos Reales.

4.^a Que el ejército de las mismas Islas se vista con tejidos del pais, tan equitativos como los de Bengala y China, y de mas duracion.

5.^a Que para refrenar á los ladrones rateros y mas gente de mal vivir que abunda en algunos distritos de poblacion en dichas islas Filipinas, se establezca el tribunal de la acordada, ó se aprueben las comisiones militares creadas con alguna mas ampliacion.

6.^a Sumamente necesario que és se restablezcan en las citadas Islas las antiguas leyes y Reales órdenes con respecto á los chinos, obligándoles á dedicarse á la agricultura y artes, y prohibiéndoles el comercio en que sacrifican á los vasallos de S. M. para lo que se proponen diferentes medios.

7.^a Que así mismo es indispensable la creacion en las mismas Islas de 6 asesorías entre sus 27 provincias, cuyo plan acompaña, para la recta administracion de justicia, y reprimir la arbitrariedad de los alcaldes mayores legos.

8.^a Igualmente es preciso adoptar los medios que se proponen de sujetar á los piratas de

Mindanao, Joló y Alanos que causan los mayores males á la afligida humanidad, llevándose anualmente tres mil personas cautivas sin que hayan bastado á reprimirlos las divisiones de lanchas, que han salido á corso con enormes gastos á la Real Hacienda.

9.^a Lo interesante que és se proteja aquel comercio señalando á los frutos que se extraen para China y otros reinos extrangeros un derecho equitativo.

10. Así mismo si será ó no conveniente conducir de las citadas islas á la Península los 25 mil quintales de tabaco, que puede haber sobrante después de surtir el Real Estanco.

11. Se crée mas conveniente á la Real Hacienda construir los buques de guerra en provincias que no conducir las maderas á la Capital de dichas Islas.

12. Lo útil que será envíen frayles para que puedan encargarse de los curatos en muchos pueblos en que faltan, y en caso de que no los haya, ó se nieguen á ir los Regulares, lo verifiquen clérigos ó estudiantes por disposicion del gobierno para que los distribuya en los obispados segun las faltas que haya en dichos curatos.

13. Que lo será así mismo no se restablezca la Real Compañía de Filipinas por ser en extremo nociva al fomento y prosperidad de las Islas, como lo ha demostrado la experiencia, pues en los 3 años últimos que han estado paralizadas sus expediciones, han venido de aquellas con frutos del país á la Península 8 buques y sucesivamente irán llegando más, si se protege el comercio segun las benéficas intenciones de S. M. manifestadas en su Real decreto de 10 de Enero de 1820.

14. Igualmente será conveniente que se provean directamente por S. M. algunas Alcaldías y Gobiernos militares de las mismas Islas, debiendo concurrir en los pretendientes las circunstancias de honradéz y capacidad para su buen desempeño.

15. Que se envíe por el Supremo Gobierno, un catedrático de agricultura para establecer una cátedra á fin de que los habitantes de las citadas Islas puedan dedicarse á este importante estudio, y su salario podrá satisfacerse por cuenta de la Sociedad económica de aquel país, cuya idea yá se hubiera plantificado á haberse hallado individuo para su desempeño.

16. Se considera de urgencia el que se destinen á dichas Islas 8 alfereces de fragata, 6 de Navío é igual número de tenien-

(Continuad.)